

1.

Lo único que me entusiasmaba de ir a lo de los Blanco era ver a Manuel. Odiaba a su hermana y ella me odiaba a mí. Saqué algunas remeras del placard y las apoyé sobre el acolchado de flores. Me vestía con un método puntilloso, selectivo. Me puse una remera de manga larga rayada sobre otra enorme, negra y estampada con iguanas. Descarté el chaleco que usaba siempre y me decidí por unas bermudas de corderoy marrón clarito con bolsillos a los costados. Abajo, dejé que sobresaliera un poco la bombacha. Mamá me gritó desde la cocina. Me puse la gorra y me colgué los anteojos primero, los auriculares después. Facundo pasó corriendo a toda velocidad por el pasillo.

—¡Sos un asco!

—¡Vos sos un asco! —le respondí.

Se la pasaba encerrado jugando al Fifa 98. Estaba tantas horas frente a la pantalla aguantando el pis que de golpe tenía que salir corriendo y después, ¡zas!, el portazo. En ese apuro, siempre dejaba unas gotitas (que yo detestaba) en la tapa del inodoro. Él no venía con nosotras, tenía el privilegio de elegir a qué lugares quería ir.

Salimos con mamá en la EcoSport de papá y como no estaba Facundo, me puse los auriculares y encendí el discman. Elegí *Maybe Someday* de The Cure y me apoyé contra la ventana para que me diera el sol directo en las piernas. Él siempre se cantaba el mejor costado, el de la sombra. Mamá ya ni se metía en nuestras peleas, solo nos decía que la aturdiáramos y que nos arregláramos entre nosotros.

Cuando llegamos, Silvia estaba tirándole sal gruesa a una entraña cruda. Al lado estaba Camila, sentada en la esquina de la mesada, sin bombacha. Agarró un manojito de surtido Terrabusi y se lo comió de un bocado. Tenía un bigote entre verde y marrón

mezclado con baba. *Te voy a atar las manos con alambre*, le dijo Silvia, mostrando el nacimiento de las encías. Camila sonrió de forma sarcástica hasta que me vio llegar. Se bajó de la mesa de un salto corto, metió su dedo índice babeado en un sándwich de huevo y aceitunas y me lo metió en la boca. En respuesta a su ataque, comprimí los labios y ella me estampó el sándwich en la panza, que inmediatamente cayó al suelo despedazado. Después se quedó tiesa mirando la frontera entre el suelo de ladrillo y el pasto.

—Correte —le dije, y la empujé con el codo.

Me persiguió como una pelusa molesta por toda la casa hasta que encontré a Manuel, que estaba haciendo jueguitos con una pelota de básquet medio desinflada. Al toque me hizo un pase y chocamos los cinco; después, un puño cerrado.

—Vení, vamos para allá —me dijo, y lo seguí.

Rodeamos la casa para despistar a Camila y apuramos el paso hasta llegar a la entrada principal. Fuimos directo a nuestro escondite secreto, atrás del sillón que tenía una tela blanca que llegaba hasta el suelo. Nos pusimos justo donde estaban los cables del fax enredados. Cada vez que Camila me veía cerca de Manuel, se le inflaban los pómulos, se le achinaban los ojos casi al borde de desaparecer y me tiraba del pelo. Aunque yo era más grande, ella tenía más fuerza.

—¿Te cae bien tu hermana? —le pregunté a Manuel.

Miramos a través del ventanal con las narices estropeadas sobre el vidrio. Silvia le mostraba a mamá unos ajíes diminutos color naranja que había plantado en el cantero. Corrí un poco la cortina y las seguimos más de cerca. Los ojos de mamá se dirigían a las plantas de frutillas mientras Silvia narraba una historia contundente, la construía mientras usaba su dedo para señalar hojas, frutos deformes. Mamá parecía interesada. Esperamos a que se alejaran y Manuel se bajó el short.

—¿Qué te pasa? —dijo.

Me quedé tildada unos segundos hasta que me saqué la remera.

—Son raras...

—¿Querés tocar? —insistió Manuel, apuntando a su calzoncillo.

—¿De nuevo? —suspiré y me acomodé el pelo atrás de la oreja.

Le despegué el elástico del cuerpo y lo solté cuando escuché el grito inconfundible que venía desde afuera. Era Camila siendo Camila. Camila haciendo uno de sus clásicos berrinches en el patio. Odiaba no saber dónde estaba Manuel. Odiaba no tenerlo en su radar cuando se acordaba de que tenía un hermano. Lo quería ya, lo necesitaba cerca y era urgente. Le molestaba, entre otras cosas, tocar el pasto descalza. Nos vestimos lo más rápido que pudimos y salimos. Camila estaba despatarrada sobre el pasto con las piernas abiertas suspendidas en el aire, berreando y gritando la única onomatopeya que se sabía: eeeeeaaaaaaa. Hizo una pausa corta que me ilusionó en vano. Silvia detuvo su desplazamiento natural y avanzó hacia donde estaba la hija con una tijera en la mano. Frenó cuando se percató de nuestra presencia y asumió que Manuel se haría cargo de la situación. El escándalo de Camila terminó cuando por fin lo vio y dejó caer las piernas como una bolsa de herramientas. Me empujó para alejarme de Manuel, y yo se la devolví por la espalda para aplastarle la joroba y de paso tratar de enderezársela, pero no hubo caso, no se enderezó.

Fuimos hasta la cocina, donde estaba la tele en altura, y pusimos Telefé. Faltaban cinco minutos para que empezara *Cebollitas*. Camila se quedó encandilada mirando la pantalla, estiró el cuello y señaló una parte de la tele donde aparecía Mosca. Trató de encontrar en Manuel algún tipo de complicidad, pero él no se la devolvió. En el corte, saqué de la alacena unas Chocolinas y agarré el pote de dulce de leche. Mamá

y Silvia ahora charlaban al costado de la parrilla, cerca de la cortadora de pasto. Esta vez la que movía los labios era mamá, y Silvia negaba con la cabeza y se mordía el labio inferior mientras pelaba una manzana verde. Antes de volver al jardín, agarré una caja de fósforos y la guardé abajo de la malla.

Manuel fue hasta su cuarto a buscar el mazo de figuritas. Dejó el álbum del Mundial 98 abierto aunque sabía que su hermana lo agarraría, pegaría las figuritas torcidas y con globitos. Camila tenía los ojos diminutos, levemente separados, y una mirada de pájaro desvaída. Su contacto visual duraba sólo pocos segundos. Caminaba como si arrastrara un objeto pesado tironeado por una cuerda a punto de cortarse. Avanzaba como derritiéndose, a punto de derrumbarse, en cámara lenta y dando pasos macizos, toscos, desprolijos. Desaparecí por abajo de la mesa mientras Camila miraba el álbum y Manuel me siguió sin decir nada. Nuestros actos estaban dirigidos por los movimientos del otro. No importaba quién actuaba primero, el otro continuaba la acción de modo espontáneo, rápido. Prendí una de las puntas del mantel y soplé.

Manuel tironeó del bretel de mi malla.

—¿Y si se dan cuenta? —me susurró.

—Sssh —respondí, alargando la 's'.

Camila, que estaba casi en completo silencio, empezó a balbucear gradualmente su onomatopeya de menor a mayor volumen. Le puse el dedo índice en la boca a Manuel para tapar su risa y su respiración. Acto seguido, empezó a hacer sonidos molestos sobre la mesa mientras ensanchaba su mandíbula, como si nos estuviera escuchando. Desde donde estábamos, le veíamos la parte baja de las piernas, sus chinitas con los abrojos desprendidos golpeando una de las patas de la silla. Ella no sabía exactamente dónde estábamos. Rompió una esquina del álbum y arrastró con su antebrazo todo el mazo de figuritas, después pegó a Simeone en la parte de abajo

de la mesa. Le pasé un fósforo prendido a Manuel, encendió una de las puntas y yo la otra. El fuego avanzó apenas, y soplamos hasta apagarlo. Lo volvimos a hacer hasta que el mantel fue tomando la forma aleatoria de las curvas que generaba el fuego. Eso queríamos, decorar el mantel sin que Camila se diera cuenta. Volví a encender un pedazo y al mismo tiempo Camila pisó torpemente su propio abrojo y cayó redonda en el suelo. Nos miró un segundo de perfil antes de descubrimos y de reparar en su dolor. Una mecha alcanzó su pelo y empezó a avanzar sobre su ropa, hasta que le salió de la panza un llanto aturdidor. Manuel la arrastró de los brazos hasta el jardín y le pisó la mata de pelos enrollados mientras ella escupía baba blanca sobre el pasto. Yo me escapé justo a tiempo y vimos el incendio desde afuera, un corazón de fuego salvaje a punto de devorarse la casa en un lapso de segundos. Volvimos a casa inmediatamente después de los baldazos que tiraron Silvia y mamá. La evidencia del humo negro quedó flotando sobre el techo. Mamá se llamó a silencio los primeros diez minutos del viaje hasta que se persignó, y habló sin buscar que le contestara:

—Lo importante es que no pasó nada.